

Tambien pudo adquirir una utia, y con aquellos viveres regresó al bosque.

Diego dormia.

El indio acercó su oido á los labios de Mendez, y vió que su respiracion era trabajosa.

Tocó sus manos y las halló heladas.

Instantáneamente fué á buscar ramas secas; con la corteza de un árbol y dos piedras vivas hizo fuego y encendió una buena hoguera cerca de donde yacia en aquel triste estado el hombre á quien habia jurado eterna fidelidad.

El calor reanimó á Diego Mendez, cuya única enfermedad, á Dios gracias, era el cansancio.

Al despertarse halló á su lado al solícito indio, que le habia preparado los manjares.

Los dos hicieron los honores á la frugal comida, y despues de convenir en el itinerario que seguirian al dia siguiente para llevar á cabo el objeto de su expedicion, buscaron en el sueño el reparador descanso que necesitaban.

Amaneció el nuevo dia, y muy temprano se pusieron en marcha con direccion á la orilla del mar, porque su principal objeto, como recordarán nuestros lectores, era buscar una embarcacion con rumbo para España que los admitiese á bordo.

Caminaron todo el dia sin que descubriesen en toda la extension del Océano una sola vela.

La noche les sorprendió en la orilla del mar, y guareciéndose en la cavidad que formaban unas rocas, aguardaron allí el nuevo dia.

Capitulo LXVIII.

Un buen encuentro.

Azcala dejó á Diego en la orilla de un cristalino arroyo, bajo un grupo de frondosos árboles, y se dirigió á buscar algunos alimentos, porque sus provisiones se habian agotado.

Siguiendo por una de las calles naturales del bosque, llegó el indio á una esplanada y encontró en ella algunas chozas.

Era muy entrada la noche, y los moradores de aquellas pobres viviendas dormian tranquilamente.

Azcala los despertó, les dijo el objeto de su viaje, y pudo conseguir que le dieran pan de cazabe para unos cuantos dias.

El camino que seguían les llevaban hacia el territorio que en tiempo no lejano había constituido el reino de Guacanajari.

Al proseguir su marcha, llegaron al pequeño promontorio de rocas que se levantaba en la orilla del mar, y que había servido de cimiento á la famosa fortaleza de la Navidad.

Todavía se descubrían restos de aquellas primitivas fortificaciones, y Diego Mendez no pudo ménos de conmoverse al recordar que allí se había derramado por la primera vez la sangre de los españoles en el Nuevo Mundo.

¡Cuán distinto aspecto presentaba el en otro tiempo fértil y risueño territorio de Marien!

El fuego había destruido los bosques y consumido las chozas; el abandono había esterilizado los campos. Aquel jardín continuo estaba convertido en un triste desierto.

Como estuviesen establecidos algunos españoles de los que habían secundado á Roldan en su movimiento revolucionario, todos hostiles á Colon, procuró Diego Mendez evitar su presencia, y guiado por Azcala se encaminó á Xaragua, donde estaba seguro de hallar amigos, porque entre los españoles que allí había se encontraban muchos de los que habían acompañado á Colon en su primer viaje, y que si no eran adeptos á su persona, eran enemigos de Ovando.

A los quince días de aquel viaje sin término fijo, divisaron desde la orilla, á bastante distancia de la costa, una embarcacion, en cuyo mástil pudo Diego

Mendez descubrir, gracias á su buena vista, la bandera de España.

Todo indicaba que aquella nave, despues de haber estado en alguno de los puertos de Xaragua, se había lanzado en alta mar para aprovechar el viento y llegar cuanto antes á Santo Domingo.

—Esa embarcacion no nos sirve todavía,—dijo Diego Mendez al indio;—lleva sin duda víveres y pasajeros á Santo Domingo, y no es aquel punto el que más seguridad ofrece á nuestras personas.

—Esperemos su regreso, y entonces...

—O mucho me equivoco, ó ha hecho escala en Xaragua, pero como el viento es en la costa suave, se ha alejado para recibir más de lleno el soplo de la brisa.

—Pronto podremos averiguarlo.

—Acércate con cautela á la morada de los españoles, averigua con qué objeto ha estado aquí esa carabela, si es que ha venido como presumimos, y vuelve lo más pronto posible á darme cuenta de cuanto logres averiguar.

El indio partió.

Serian las diez ó las once de la mañana, y volvió al anocheecer.

—No os habíais equivocado,—dijo á Diego Mendez;—la carabela ha llegado con colonos y víveres, y ha hecho escala para dejar aquí á dos viajeros que han querido, antes de llegar á Santo Domingo, visitar el territorio de la Española sometido á los reyes de España.

—¿Has averiguado sus nombres?

—Sí por cierto, y hasta los he visto.

—Dílos, á ver si yo conozco alguno.

—Llámase el más anciano don Luis Sagredo.

—La Providencia le trae á mi encuentro,—exclamó Diego Mendez, no pudiendo contener la alegría que aquella noticia produjo en su ánimo.

—¿Le conoceis—preguntó el indio.

—Mucho, sí: es uno de los leales amigos, de los más entusiastas servidores del almirante. Y el otro que le acompaña, ¿quién es?

—Un joven muy apuesto

—¿Viene por la primera vez?

—He oído decir que sí.

—¿Ignoras su nombre?

—Llámanle Hernan Cortés.

—¿Y le acompaña Sagredo?

—Han sido compañeros de viaje, se han hecho muy amigos, y como segun parece ese don Luis ha vivido mucho tiempo en estos países, vá á ser su guia hasta llevarlo á Santo Domingo.

—Azcala,—dijo Mendez al indio,—parte en seguida en busca de don Luis Sagredo, procura hablarle á solas y guíale hasta aquí.

El indio adivinó la mirada de Diego, la confianza que le inspiraba el hombre á quien iba á buscar, y partió á obedecer sus órdenes.

Designaron antes el paraje en donde debían verse, y Diego Mendez aguardó con ansia la llegada de Sagredo.

Como este es muy breve, van á conocer mis lectores á este personaje; sólo añadiré lo que he dicho ya muchas veces al considerar la aflictiva situación en que se hallaba el almirante.

En todo lo que le pasaba, en todo lo que sucedía á sus leales servidores y á sus enemigos, se veía á la Providencia en toda su plenitud, en toda su grandeza.

Cuando Diego Mendez se quedó solo, pensando en su entrevista con Sagredo:

—Este hombre,—dijo,—es el mejor auxiliar que puede secundar mis planes. Si aún puede, si ha logrado desempeñar su papel como se prometió, los naufragos de las costas de la Jamáica están salvados.